

retrasar los comicios consulares hasta el mes de octubre, próroga encaminada á contrariar la eleccion de los cónsules amigos de los triunviros. César, en aquella ocasion, le atacó en un violento discurso, y Vatinius propuso prenderle. Pompeyo, por su parte, irritado de unas diatribas á que no estaba acostumbrado, se quejó ante el pueblo de la animosidad de que era objeto; pero parece que su discurso no tuvo grande éxito.

Triste cosa es ver contrariada con frecuencia la realizacion de grandes pensamientos por las ruines pasiones de hombres pequeños que no conocen el mundo más que en el estrecho círculo en que viven encerrados. Ayudando á César, Bibulo podia adquirir una justa fama, y prefirió ser el héroe de una pandilla y obtener los interesados aplausos de un corto número de senadores egoistas á merecer con su colega la pública gratitud. Ciceron, por su parte, tomaba por la expresion verdadera de la opinion los clamores de una faccion desesperada: era además uno de esos hombres para quienes todo va bien cuando están en el poder y todo claudica cuando ellos no mandan. En sus cartas á Atico, habla del odio general contra aquellos nuevos reyes, vaticina su próxima caída (1) y esclama: "¡Qué murmullos! ¡cuánta irritacion! ¡qué odio contra nuestro amigo Pompeyo! Su nombre de grande va caducando como el del rico Craso (2)."

Con pasmoso candor explica Ciceron el consuelo que encontró su amor propio en el decaimiento del hombre que en otros tiempos hacia su admiracion. "Atormentábame el temor de que los servicios prestados por Pompeyo á la patria pareciesen en lo futuro mayores que los míos: curado estoy ya de mis miedos: tanto, tanto ha caído, tan pequeño es ya, que el mismo Curio se me antoja un gigante si se compara con él (3)," y añade: "Hoy no hay cosa más popular que detestar á los hombres populares: nadie está ya por ellos. Lo

ro indispensable: yo, por una parte, me abstengo de combatirlos á causa de mi antigua amistad, y por otra, mi historia pasada me prohíbe aprobar lo que hacen, y me conservo en un justo medio. Las disposiciones del pueblo se manifiestan sobre todo en los teatros" [Ciceron, *Cartas á Atico*, II, XIX, XX, XXI.]

(1) "Se mantiene prudentemente al paño, pero espera asistir de lejos á su naufragio" [Ciceron, *Cartas á Atico*, II, VII.]

(2) Ciceron, *Cartas á Atico*, II, XIII.

(3) Ciceron, *Cartas á Atico*, II, XVII.

"saben, y esto es lo que me hace temer las violencias, por manera que no puedo pensar sin estremecerme en las explosiones que considero inevitables (1)." El odio que profesaba á Clodio y á Vatinius ofuscaba su razon.

Cuando César proseguia laboriosamente el curso de su destino, el genio de Ciceron, en vez de comprender el porvenir y de acelerar el progreso con su cooperacion, resistia al general empuje, negaba la evidencia, y no sabia, en medio de los defectos de algunos parciales del poder, discernir la grandeza de la causa.

Con disgusto soportaba César los ataques de Ciceron; pero, como todos aquellos á quienes guian grandes miras políticas, superior á los resentimientos, guardaba consideraciones á cuantos podian ejercer algun ascendiente sobre los ánimos, y la palabra de Ciceron era un poder. De esta suerte explica Dion-Casio la conducta de César: "No lastimó á Ciceron ni con palabras ni con hechos; decia que con frecuencia sucede que muchos hombres lanzan de intento vanos sarcasmos contra los que están encima de ellos, para impulsarlos á la disputa, con la esperanza de mostrar que se les parecen en algo y de ponerse á su misma altura, si consiguen á su vez ser injuriados. César creyó pues no deber entrar en pugna con nadie: tal fué su regla de conducta con todos los que lo insultaban, y como veia claramente entónces que Ciceron trataba no tanto de ofenderle, como de hacer salir de su boca algunas expresiones injuriosas, movido del deseo que tenia de que se le considerase como su igual, no hizo el menor caso de él, se desentendió de cuanto decia, y hasta dejó á Ciceron insultarle á su sabor y alabarse sobre toda medida. Muy distante estaba sin embargo de despreciarle, pero manso por naturaleza, no se montaba fácilmente en cólera. Tenia mucho que castigar, como no podia ménos de suceder en medio de los grandes negocios en que estaba metido, pero nunca cadia á los arrebatos (2)."

Por entónces sobrevino un incidente que demostró toda la animosidad de cierto partido. L. Vettio, antiguo espía de Ciceron en la conjuracion de Catilina, castigado por haber falsamente acusado á César, fué preso por sospechas de querer atentar contra su vida y contra la de Pompeyo: encontrósele encima un puñal, é interrogado ante el senado, delató, como instigadores de su crimen, al jóven Curion, á Ce-

(1) Ciceron, *Cartas á Atico*, II, XX y XXI.

(2) Dion-Casio, XXXVIII, XI.

pion, Bruto, Léntulo, Catón, Lúculo, Pison, yerno de Ciceron, al mismo Ciceron, á M. Laterensis y á otros mas; tambien nombró á Bibulo, lo cual quitó toda verosimilitud á sus denuncias, por cuanto ya Bibulo habia hecho avisar á Pompeyo que estuviese muy sobre sí (1). Historiadores tales como Dion-Casio, Apiano, Plutarco, tratan seriamente de esta conspiracion; el primero sostiene con toda formalidad que Ciceron y Lúculo habian armado el brazo del asesino. Suetonio por el contrario, acusa á César de haber sobornado á Vettio para cubrir de vilipendio á sus adversarios.

En vista de estos datos contradictorios, lo mejor es, como en los procesos ordinarios, juzgar del valor de la acusacion por los antecedentes de los acusados; ahora bien, Ciceron, á pesar de su versatilidad, era demasiado hombre de bien para tomar parte en un plan de asesinato, y César tenia el carácter harto levantado y conocia demasiado sus fuerzas para rebajarse al extremo de buscar en una miserable trama el medio de acrecer su influencia. Un senado-consulta hizo prender á Vettio; pero César, interesado en que se manifestase la verdad y resuelto á ponerla en claro, llevó el asunto ante el pueblo y obligó á Vettio á subir á la tribuna de las arengas. Vettio, con sospechosa inconsecuencia, denunció á los que habia descargado la vispera y descargó á los que habia denunciado, entre otros á Bruto, diciéndose por lo tocante á este último que aquel cambio se debía á las relaciones de César con su madre. Restituido á la cárcel, Vettio amaneció muerto al dia siguiente. Ciceron acusó á Vatínio de haberlo hecho matar (2); pero, segun otros, los verdaderos autores de su muerte fueron los que le habian impulsado á aquella vergonzosa maniobra y temian sus revelaciones (3).

El cotejo de los diversos relatos induce á creer que aquel oscuro agente de tenebrosas iniquidades se habia hecho el instigador de una trama, para tener el mérito de revelarla, y captarse la benevolencia de César señalando como cómplices á sus adversarios políticos. El resultado, sin embargo, fué provechoso á César, y el pueblo le permitió tomar medidas para su seguridad personal (4). Por entónces,

(1) Ciceron, *Cartas á Atico*, II, xxiv.

(2) Ciceron, *Oracion contra Vatínio*, xi.—Dion-Casio, XXXVIII, ix.

(3) Escolio de Bobbio, *sobre la oracion de Ciceron contra Vatínio*, p. 320, edic. Orelli.—Apiano, *Guerras civiles*, II, II y XII.

(4) Apiano, *Guerras civiles*, II, XII.

sin duda, se restableció la antigua costumbre de conceder al cónsul, durante el mes en que no tenia las fasces, el derecho de hacerse preceder de un macero [*accensus*] y seguir por lictores (1).

Sin cambiar las leyes fundamentales de la República, César habia obtenido un gran resultado, cual era reemplazar la anarquía por un poder enérgico que dominaba juntamente al senado y á los comicios. Con solo la conformidad de los tres hombres mas importantes, habia sustituido á las rivalidades personales una autoridad moral que le permitió dictar leyes conducentes á la prosperidad del imperio; pero era esencial que su ausencia no arrastrase consigo la caída del edificio tan laboriosamente levantado. No desconocía ni el número ni el poder de sus enemigos: sabia que, si les abandonaba el Foro y la Curia, no solo se desharia todo lo hecho, mas se le quitaría su mando; y si se dudase del grado de odio de que era objeto, bastaria recordar que un año despues le confesó Ariovisto, en una entrevista á las orillas del Rin, que muchos grandes de Roma trataban de atentar contra su vida (2). Contra semejantes enemistades necesitábase, cosa difícil, poder dirigir las elecciones; y como la constitucion romana hacia surgir cada año nuevos candidatos á los honores, era indispensable tener partidarios entre los dos cónsules, los ocho pretores y los diez tribunos nombrados en los comicios. En todas las épocas, aun en los tiempos en que la aristocracia ejercia mayor influencia, no pudo impedir á sus adversarios introducirse en los oficios públicos. Además, los tres personajes que habian hecho causa comun debian temer la ambicion y la ingratitud de los hombres á quienes habian elevado, y que pronto aspirarian á ser sus iguales, siendo por fin un último y acaso el mas serio peligro, la impaciencia y la indisciplina del partido democrático, que ellos acaudillaban.

En vista de estos peligros, entendiéronse los triunviros á fin de hacer llegar al consulado, para el año siguiente, á L. Pison, suegro de César, y á A. Gabinio, ardiente partidario de Pompeyo, que, en efecto, fueron designados cónsules el 18 de octubre, á pesar de los esfuerzos de los grandes y de la acusacion de Catón contra Gabinio.

A fines del año 695, cesaron César y Bibulo en sus oficios. Es-

(1) Suetonio, *César*, xx.

(2) "Sabe (Ariovisto), por varios mensajeros, que haciendo morir á César daría gusto á muchos grandes de Roma; su muerte le granjearía el favor y la amistad de aquellos grandes." (César, *Guerra de las Galias*, I, XLIV.)

te último al esponer su conducta, según costumbre, probó á pintar bajo los mas negros colores el Estado de la República, pero Clodio le impidió hablar (1). Por lo que respecta á César, sus previsiones sobre los ataques á que iba á verse espuesto eran harto fundados, pues apenas salió del consulado cuando el pretor L. Domicio Ahenobarbo y C. Memmio, amigos de Ciceron (2), propusieron al senado encausarle en razon de sus actos como tal cónsul, y sobre todo por haber prescindido absolutamente de los auspicios; y aunque el senado retrocedió ante aquella proposicion (3), demandó no obstante en justicia al cuestor de César, siendo él mismo citado tambien por el tribuno L. Antiochio; pero el colegio en masa renunció á la demanda en virtud de la ley Memmia, que prohibia admitir acusacion alguna contra un ciudadano ausente por el servicio de la República (4).

Todavía se encontraba César á las puertas de Roma, investido del *imperium*, y según las cartas de Ciceron (5), al frente de numerosas tropas, compuestas, según todas las apariencias, de voluntarios veteranos (6); y aun se detuvo otros dos meses, á fin de atender á que su partida no fuese la señal de la completa destruccion de su obra.

(1) Dion-Casio, XXXVIII, xii.

(2) Ciceron, *Cartas á Quinto*, I, II.

(3) Suetonio, *César*, xxiii;—Neron, II.

(4) Suetonio, *César*, xxiii.—*Valerio Máximo*, III, vii, 9.

(5) "A las puertas de Roma estaba un general, con un mando por muchos años y dueño de un grande ejército [*cum magno exercitu*]. ¿Era mi enemigo? No digo que sí; pero sé que cuando lo decian, él se callaba." [Ciceron, *Oracion despues de su vuelta al senado*, xiii.] "Oppressos vos, inquit, tenebo, *exercitu Cæsaris*." [Ciceron, *Cartas á Atico*, II, xvi.] "Clodio decia que invadiria la curia al frente del ejército de César." [Ciceron, *Oracion sobre la respuesta de los arúspices*, xxii.] "César habia ya salido de Roma con su ejército." [Dion-Casio, XXXVIII, xvii.]

(6) En varios pasajes de las cartas de Ciceron, se representa á César como situado á las puertas de Roma al frente de su ejército, y sin embargo sabemos, por la lectura de los *Comentarios*, que no tenia al principiar la guerra de las Galias, mas que cuatro legiones, de las cuales la primera se hallaba en las orillas del Ródano y las otras tres en Aquilea y en Iliria. Dificil es, pues, discurrir cómo podia tener á las puertas de Roma tropas de que no vuelve á hacerse mencion en el trascurso de su campaña. El medio de conciliar las cartas de Ciceron y los *Comentarios*, es admitir que César, independientemente de las legiones que encontró fuera de Italia, llamó bajo sus banderas á los voluntarios y á los veteranos romanos que deseaban seguirle:

VI. Durante este tiempo Clodio, espíritu inquieto y turbulento (1), engreido con el apoyo que habia prestado á los triunviros no ménos que con el que de ellos recibia, no escuchaba ya mas que la voz de sus pasiones y hacia votar leyes, algunas de las cuales, adulando al populacho y hasta á los esclavos, amenazaban de anarquía al Estado. En virtud de aquellas leyes, restablecia las asociaciones políticas (*collegia*), conciliábulos peligrosos para la pública tranquilidad (2), que Sila habia disuelto, y que luego se habian reorganizado, para ser de

reunidos á las puertas de Roma, se le incorporaron mas adelante en las Galias y fueron distribuidos en las legiones. Esta suposicion es tanto mas probable, cuanto el año 700, al tratarse de nombrar nuevamente cónsules á Pompeyo y á Craso, César envió á Roma un gran número de soldados para votar en los comicios; ahora bien, como todas sus legiones habian sido reclutadas en la Cisalpina, cuyos habitantes no tenian el derecho de ciudad romana, claro es que debia tener en su ejército otros soldados ciudadanos romanos. Además, si César llamó á los veteranos, siguió en esto el ejemplo de casi todos los generales romanos, y entre otros, de Scipion, de Flaminio y de Mario. En efecto, cuando Cornelio Scipion partió para la guerra contra Antiocho, habia á las puertas de Roma cinco mil voluntarios, entre ciudadanos y aliados, que habian hecho todas las campañas bajo las banderas de su hermano Scipion el africano. [Tito-Livio, XXXVII, 17].—"Cuando Flaminio partió para reunirse con las legiones que estaban en Macedonia, llevó consigo tres mil veteranos que habian peleado contra Aníbal y Asdrubal." [Plutarco, *Flaminio*, III].—"Mario, ántes de partir para la guerra contra Yugurta, hizo un llamamiento á los mas valientes soldados que habia en el Lacio. Los mas le eran conocidos por haber servido á su vista, los otros de reputacion, y con sus empeños obligó hasta á los veteranos á que partiesen con él." [Salustio, *Guerra de Yugurta*, LXXXIV].

(1) "Hoy se agita (Clodio), se exalta, no sabe lo que quiere, hace manifestaciones hostiles á derecha é izquierda, y parece como que deja á la ocasion el decidir de sus actos. Cuando piensa en la impopularidad del actual orden de cosas, cualquiera diria que va á lanzarse contra sus autores; pero cuando ve de qué lado están los medios de accion y la fuerza armada, se vuelve contra nosotros." (Ciceron, *Cartas á Atico*, II, xxii.)

(2) Estos conciliábulos (*collegia compitalitia*) tenian una organizacion casi militar, dividida por varios y exclusivamente compuesta de proletarios. (Véase Mommsen, *historia romana*, III, p. 290).—"Los esclavos alistados se pretesto de formar corporaciones." (Ciceron, *Oracion despues de su vuelta al senado*, xiii.)

nuevo suprimidos en 690 (1); hacia distribuciones gratuitas de trigo al pueblo, quitaba á los censores el derecho de borrar del senado á quien bien les parecia, permitiéndoles escluir solamente á los senadores sobre quienes habia recaído una sentencia judicial (2), prohibia á los magistrados consultar los auspicios ú observar el cielo los dias de deliberacion de los comicios (3), é imponia en fin penas severas á los que hubieren condenado á muerte, sin oirlos, á ciudadanos romanos. Esta última disposicion iba evidentemente dirigida contra Ciceron, por mas que no se pronunciase su nombre; y á fin de asegurar su adopcion, el autor deseaba la aquiescencia de César, retenido á las puertas de Roma por el mando militar que le vedaba entrar en ella. Clodio entónces convocó al pueblo fuera de las murallas, y cuando preguntó al cónsul su opinion, este respondió que bien conocida era por su voto en el asunto de los cómplices de Catilina; pero que, sin embargo, desaprobaba una ley que pronunciaba penas sobre hechos pertenecientes á lo pasado (4).

Con esta ocasion se vistió de luto el senado, á fin de patentizar á todos su descontento; pero los cónsules Gabinio y Pison obligaron á los senadores á renunciar á aquella demostracion tan intempestiva.

César, para sustraer á Ciceron al peligro que le amenazaba, le propuso llevarle consigo á las Galias como su teniente (5); pero él rehusó la oferta, alucinado en punto á su propia influencia (6), y contan-

(1) Esceptuáronse sin embargo en 690 los gremios de artesanos.—Asconio, "In Pisone," IV, p. 7; "In Corneliaana," p. 75, edic. Orelli.

(2) Ciceron, *Oracion contra Pison*, IV.—Asconio, *Sobre la Oracion de Ciceron contra Pison*, p. 7, 8, edic. Orelli.—Dion-Casio, XX XVIII, XIII.

(3) Dion-Casio, XXXVIII, XIII.

(4) Dion-Casio, XXXVIII, XVII.

(5) "Recibo de César las mas generosas proposiciones para irme con él como su teniente." (Ciceron, *Cartas á Atico*, II, xviii.) "Ha hecho pasar á mi enemigo (Clodio) al órden plebeyo, ya porque le irritase ver que ni aun sus beneficios lograban que me uniese á él, yá porque cediese á los importunos; lo cual no podia considerarse como injuria, porque despues me aconsejó y hasta me rogó que le sirviese de teniente, título que no acepté, no porque le considerase inferior á mi dignidad, sino porque estaba lejos de sospechar que la República iba á tener, despues de César, cónsules tan malvados (Pison y Gabinio)." (Ciceron, *Oracion sobre las provincias consulares*, xvii.)

(6) "Merced á mis desvelos, mi popularidad y mis fuerzas van aumen-

do además con la proteccion de Pompeyo. En vista de esto, parece positivo que Clodio iba mas allá de las miras de Pompeyo, nueva prueba de que semejantes instrumentos, cuando se emplean, son una arma de dos filos, cuya direccion se escapa á las manos mas hábiles. De la propia suerte Vatinió, aspirando tiempo despues á ser pretor, recibió de su antiguo patrono esta sangrienta advertencia: "Vatinió no ha hecho nada gratuitamente durante su tribunado. Cuando no se busca mas que el dinero, fácil debe ser prescindir de los honores (1)." Con efecto, César, que nunca habia cejado en sus esfuerzos por restablecer las instituciones populares, no queria ni anarquía ni leyes demagógicas, y del mismo modo que no habia aprobado la proposicion de Manilio para la emancipacion de los libertos, del mismo rechazaba la reorganizacion de las corporaciones, las distribuciones gratuitas de trigo y los proyectos de venganza de Clodio, que sin embargo se estaba siempre jactando de tener su apoyo.

Craso, por su parte, deseoso de ser útil á Ciceron sin comprometerse (2), instó á su hijo á que acudiese en su auxilio; y por lo tocante á Pompeyo, perplejo entre el temor y la amistad, discurrió un pretesto para no recibir á Ciceron, cuando este fué á reclamar su apoyo. Privado de este último recurso, el grande orador perdió toda ilusion, y despues de algunos vanos conatos de resistencia se alejó voluntariamente. Apenas hubo salido de Roma, se dictó la ley contra él, sin oposicion alguna, y con los votos de aquellos á quienes Ciceron consideraba como sus amigos (3). Se confiscaron sus bienes, se arrasó su casa, y se le desterró á una distancia de cuatrocientas millas.

César habia tomado hábilmente todas sus precauciones para que su accion se hiciese sentir en Roma durante su ausencia, en cuanto podia permitirlo la inestabilidad de las magistraturas. Con la influencia de su hija Julia, cuyas gracias é ingenio cautivaban á su marido,

tando por dias. En nada me mezclo de político, en nada absolutamente.... mi casa está siempre llena; me rodean cuando salgo: no parece sino que vuelve á empezar mi consulado. Las protestas de fidelidad llueven sobre mí, y es tal mi confianza que á veces deseo la lucha en vez de estarla siempre temiendo." (Ciceron, *Cartas á Atico*, II, xxii).—"Venga la acusacion de Clodio, y se levantará la Italia entera." (Ciceron, *Cartas á Quinto*, I, II.)

(1) Ciceron, *Oracion contra Vatinió*, xvi.

(2) Plutarco, *Pompeyo*, XLVIII.

(3) Plutarco, *Ciceron*, xli.

dominó á Pompeyo; con la distincion concedida al hijo de Craso, mancebo de raro mérito, nombrado teniente suyo, se aseguró del padre. Ciceron tuvo que alejarse, pero pronto César consentirá en su regreso y se captará de nuevo su voluntad llamando á su lado á su hermano Quinto. Quedaba aún la oposicion de Caton, y Clodio se encarga de apartarle con la capa de una mision honrosa, enviándole á Chipre á destronar al rey Tolomeo, cuyos desafueros provocaban el odio de sus vasallos (1). Por último, todos los hombres importantes que tenían alguna probabilidad de llegar á los empleos, quedan ganados á la causa de César, y aun algunos se comprometen á ello por escrito (2). Ya puede pues partir; el destino le abre una senda nueva: una gloria inmortal le espera allende los Alpes, y reflejándose sobre Roma, esa gloria va á cambiar la faz del mundo.

VII. Hemos mostrado á César no obedeciendo mas que á sus convicciones políticas, ya como ardiente promovedor de todas las medidas populares, ya como declarado partidario de Pompeyo; le hemos mostrado aspirando, por efecto de una noble ambicion, al poder y á los honores; pero no ignoramos que los historiadores en general dan otros motivos de su conducta. Desde el 684, se le representa como quien tenía ya sus planes fijos, sus celadas puestas, sus instrumentos preparados. Supónesele la absoluta presciencia de lo porvenir, la facultad de dirigir á los hombres y á las cosas á merced de su voluntad, y de hacer á todos, sin saberlo ellos mismos, cómplices de sus profundos designios. Todos sus actos tienen un móvil oculto, que el historiador se jacta de descubrir con posterioridad. Si César levanta la bandera de Mario, se declara el defensor de los oprimidos y el perseguidor de los sicarios de la pasada tiranía, es por adquirir un apoyo necesario á su ambicion; si lucha con Ciceron á favor de la legalidad en el proceso de los cómplices de Catilina, ó por sostener una ley agraria cuyo fin político aprueba; si para reparar una grande injusticia de Sila, apoya la reintegracion en sus derechos de los hijos de los proscritos, es para comprometer al grande orador ante el partido popular; si por el contrario, pone su influencia al servicio de Pompeyo; si con ocasion de la guerra contra los piratas, contribuye á hacerle conceder una autoridad que se considera exorbitante; si apoya el plebiscito que le confiere, además, el mando del ejército contra Mitrídates; si más ade-

(1) Veleyo Patérculo, II, XLV.

(2) Suetonio, XXXI.

lante le hace votar, aunque ausente, honores extraordinarios, es tambien con la mira maquiavélica de convertir en provecho suyo la grandeza de Pompeyo. Por manera que, si defiende la libertad, es para perder á sus adversarios, y si defiende el poder, es para acostumbrar á los romanos á la tiranía. Por último, si César solicita el consulado, como todos los individuos de la nobleza romana, dicen que es porque ya entreve la dictadura, y hasta el trono mismo, por medio de las fasces consulares y el polvo de las batallas. Semejante interpretacion proviene de una falta harto comun, que consiste en no apreciar los hechos en sí mismos, sino por el carácter que les han dado los sucesos posteriores.

¡Estrafia inconsecuencia, la de suponer á una vez en los hombres superiores móviles mezquinos y previsiones sobrehumanas! No, no era la miserable idea de dar jaque á Ciceron lo que guiaba á César; no recurria á una táctica mas ó ménos hábil, ántes bien obedecia á una conviccion profunda, y lo que lo prueba de un modo evidente, es que una vez exaltado al poder, sus primeros actos son ejecutar como cónsul ó como dictador lo que habia apoyado como ciudadano, testigos la ley agraria y la rehabilitacion de los proscritos. No, si sostiene á Pompeyo, no es porque cree que puede derribarle despues de haberle engrandecido, sino porque aquel ilustra capitán habia abrazado la misma causa que él, toda vez que á nadie en el mundo podia ser dado leer en el porvenir hasta el punto de adivinar el uso que el vencedor de Mitrídates iba á hacer de sus triunfos y de su verdadera popularidad. En efecto, cuando desembarcó en Italia, Roma pasó por la mayor angustia. ¿Licenciará su ejército (1)? Tal fué el grito de alarma que salió de todas partes. Si vuelve como dominador, nadie puede resistirle. Contra la creencia general, Pompeyo licenció sus tropas. ¿Cómo pues podia César prever de antemano una moderacion tan poco ajustada á las costumbres de la época?

¿Será mas cierto decir que César, una vez procónsul, aspiraba al soberano poder? No; al partir para la Galia, no podia pensar en reinar sobre Roma, de la propia suerte que el general Bonaparte, al partir para Italia en 1796, no podia soñar con el Imperio. ¿Era posi-

(1) "Los rumores que precedieron á Pompeyo causaron gran conmocion, porque se habia dicho que entraria en la ciudad con su ejército." (Plutarco, Pompeyo, XLV).—"Sin embargo, todos temian mucho á Pompeyo: no se sabia si licenciaria su ejército." (Dion-Casio, XXXVII, XLIV.)

ble á César prever que, durante una estancia de diez años en las Galias, encadenaria en ellas constantemente á la fortuna, y que, al cabo de aquel largo espacio de tiempo, todavía los ánimos, en Roma, serian favorables á sus proyectos? ¿Podia adivinar que la muerte de su hija romperia los lazos que le unian á Pompeyo? ¿que Craso en vez de volver triunfante del Oriente, seria vencido y muerto por los partos? ¿que el asesinato de Clodio revolveria toda la Italia? en fin, ¿que la anarquía, que él habia querido sofocar por medio del triunvirato, seria la causa de su elevacion? César tenia delante de los ojos grandes ejemplos que seguir, y caminaba gloriosamente tras las huellas de los Scipiones y de los Paulo-Emilios. El odio de sus enemigos le obligó á apoderarse de la dictadura como Sila, pero para una causa más noble y con una conducta esenta de venganzas y de crueldad.

No busquemos siempre pequeñas pasiones en almas grandes. Los triunfos de los hombres superiores, y este es un pensamiento consolador, arrancan más bien de la elevacion de sus sentimientos que de las especulaciones del egoismo y de la astucia; esos triunfos dependen más de su habilidad en aprovecharse de las circunstancias que de una presuncion bastante ciega para creerse capaz de hacer nacer los sucesos, que solo Dios tiene en su mano. Ciertamente que César tenia fé en su destino y confianza en su genio; pero la fé es un instinto, no un cálculo, y el genio presiente el porvenir sin adivinar su marcha misteriosa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## INDICE.

	Páginas.
Prefacio.....	III
<b>LIBRO PRIMERO.—TIEMPOS DE ROMA ANTERIORES A CÉSAR.</b>	
<b>CAPITULO PRIMERO.—Roma bajo los reyes [desde la fundacion de Roma hasta el año 244.]</b> . . . . . 9	
I. Los reyes fundan las instituciones romanas . . . . .	9
II. Organizacion social . . . . .	11
III. Organizacion política . . . . .	13
IV. La religion. . . . .	21
V. Resultados obtenidos por la monarquía . . . . .	25
<b>CAPITULO SEGUNDO.—Establecimiento de la República consular [244-416.]</b> . . . . . 29	
I. Conveniencia del establecimiento de la República . . . . .	29
II. Instituciones de la República . . . . .	33
III. Transformacion de la aristocracia . . . . .	37
IV. Elementos de disolucion . . . . .	42
V. Resúmen . . . . .	51
<b>CAPITULO TERCERO.—Conquista de Italia [416-488].</b> 57	
I. Descripcion de Italia . . . . .	57
II. Disposiciones de los pueblos de Italia con respecto á Roma . . . . .	59